

Capítulo 1

¡QUÉ VERGÜENZA!

Beatriz sintió que le ardían las mejillas. Apretó los puños hasta clavarse las uñas y también la mandíbula y los labios para no comenzar a dar gritos en aquel minimalista y, para ella, claustrofóbico despacho de dirección.

—Bueno, entonces —Alejandro P. Louredo, quien se estrenaba en el cargo de director del elitista Colegio, tenía sudores fríos—, ¿os parece que lo hagamos pasar?

Alejandro (existían apuestas en el Colegio sobre el probable apellido plebeyo que se escondía tras esa P), miró primero a Beatriz, después a los padres y, por último, a Mirta Kapeller, jefa de estudios, profesora de alemán (por lo visto su padre procedía de aquellas tierras) y la única que no parecía inmutarse.

El silencio se prolongó durante unos angustiosos segundos que al director se le antojaron eter-

nos. ¿Cómo podía suceder algo semejante en un centro con chicos de tan buena familia?

—Y bien... —añadió tratando de controlar la voz.

—¿Para qué serviría? —Beatriz se arrepintió de sus palabras en cuanto éstas salieron de sus labios.

—Creo que con una formal petición de excusas por parte de Ramiro las cosas volverán a su cauce. Un triste malentendido, una lamentable chiquillada...

—Yo no lo llamaría «chiquillada» —por fin Sandra se decidió a abrir la boca y decir algo sensato—. Y, en realidad, estoy bastante de acuerdo con mi hija y también dudo de la efectividad de la medida.

—Señora. —En esos momentos sí, unas gotas de sudor resbalaron por la frente de Alejandro P.: los nervios y un ligero sobrepeso contribuían a esa transpiración—. Creo que ya lo habíamos hablado.

—Bueno, lo habló usted. —Beatriz sonrió mirando a su madre y agradeciéndole la intervención cuando ya no la esperaba—. Además, creo

que necesitamos pensarlo. —Hizo amago de levantarse—. Es decir, dejaremos pasar las Navidades...

—¡Oiga! —El hombre a duras penas logró mantener el tipo—. ¿Y usted? —Miró hacia Rafael en un intento por lograr su alianza—. ¿También «necesita» pensarlo?

—Creo que será lo mejor.

Beatriz no logró evitar un suspiro de alivio.

—¡Por Dios! Son unos niños, ustedes son vecinos de sus padres...

—Lo cual no reduce la gravedad. —Esto lo soltó Mirta y todos se volvieron hacia la alemana, que no había abierto la boca en la casi hora y media de reunión.

—¡Mirta! —gritó el director.

Beatriz tuvo que morderse la lengua para no soltar las frases que pugnaban por salir de su boca.

«¡Joder con la alemana...!», finalmente se limitó a pensarlo.

—Bueno, creo que, por mayoría, lo mejor será que dejemos la decisión hasta después de las fiestas. Así Ramiro tendrá más tiempo para reflexionar.

Sandra clavó una gélida mirada sobre la galopante alopecia del director.

—Y no le bastará con poner carita de bueno para salirse de rositas —añadió Beatriz deseando morder esa carita.

—Ya está dicho, Bea. —Su padre siempre conciliador—. Pues eso, que nos vemos después de las fiestas. —Tendió una mano hacia el director, que la miraba como si fuera un puñal, hasta que Rafael la retiró—. Señorita. —Inclinó un poco la cabeza en dirección a Mirta, pero esa vez sin extender la mano.

—Hija —Sandra volvió a tomar la palabra—, espéranos fuera, ahora salimos.

—Nos vemos —soltó Sandra al salir mirando exclusivamente a Mirta.

Abandonó el despacho dejando al director empapado en sudor, a la profesora tan impasible como lo había estado durante toda la reunión y a su madre dispuesta a poner los puntos sobre las íes. Se sentía orgullosa de ella, y también de su padre.

Sentado en los sillones de la antesala estaba Ramiro, quien levantó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—No te has librado, cucaracha. —De no estar

sus padres en el despacho contiguo, no hubiera reprimido todo lo que le gustaría haberte dicho—. Esto es sólo una tregua. ¡Hala, ya te contarán!

Apoyada en la pared, con un gesto entre indolente y provocador, Leticia le lanzó una mirada furibunda a través del discreto pero favorecedor maquillaje de sus enormes ojos castaños. Era una de esas chicas a las que el uniforme no convierte en niñas sino en símbolos eróticos dignos de aparecer en los mangas. Éstos y Lady Gaga se habían convertido en todo un referente para alumnas como Leticia.

—Vaya, veo que necesitas niñera —dijo Beatriz mirando a Ramiro, que estaba furioso y rojo como un tomate.

—Ya hablaremos, mocosa —siseó la exuberante Leticia—. ¡Tú lo que necesitas es un buen revolcón!

—¡Puerca! —musitó a su vez Beatriz justo cuando sus padres salían del despacho.

Estaba convencida de que habían escuchado el insulto, pero no dijeron nada. Ella sí que habló: cuando se adentraron en el frío de la calle, murmuró una pregunta mirando a sus padres.

—¿Por qué rayos tengo que estudiar en este antro de mierda?

—¡Bea!

—¿Qué, papá? ¿No tuvisteis bastante con la experiencia de Carlos y aquel chico asesinado aquí?

—No fue aquí, hija.

—Vale, mamá. Tienes razón: su sangre no salpicó las paredes del centro, pero te recuerdo que todo fue idea de esos ejemplares «niños».

A veces, Beatriz pensaba que adultos como sus padres, buena gente, incluso con ciertos principios y hasta carácter —como habían puesto de manifiesto en el despacho de P punto—, preferían imaginar que la vida de sus hijos, el mundo donde ésta se desarrollaba y que, además, costaba un dinerito mantener, era el entorno perfecto donde no había lugar para la maldad. Y si algún día sucedía algo malo, trataban de convencerse de que era un error, algo que no volvería a repetirse.

—En serio, creí que habían tomado ciertas medidas...

—¡No seas ingenuo, papá! Mira, en este lugar son las chicas como la que habéis visto cortejar a Ramiro las únicas con posibilidades de futuro. Yo

no encajo en este sitio, no me gusta el manga, tampoco Lady Gaga...

—Ya está bien, Bea. ¡Te estás pasando!

—¿Que me estoy pasando? —Los miró—. Vale, me voy caminando a casa; necesito que me dé el aire. Os veo allí.

Se negó a escuchar ninguna justificación más. Le vino a la memoria que, después de lo de Jorge, la única que se largó del centro —incluso de la urbanización— fue Marga. Los demás, entre ellos su hermano, capearon como pudieron el temporal. Hubo docenas de reuniones, docenas de supuestas decisiones y medidas tomadas para terminar con ciertos comportamientos. Nada que afectara a los firmes cimientos de sus seguridades. Después, olvidaron la tragedia mucho antes de que el cuerpo de Jorge se convirtiera en polvo.

«Si es que da lo mismo, *joer*, a quien no van a cambiar es a los pijos que vienen al centro. ¡Una lamentable chiquillada...! Pero ¿cómo se atreve el calvo ese...?»

Beatriz se lanzó a correr. Necesitaba desfogarse, dar salida a esa rabia que le abrasaba las entra-

ñas. También llorar. Y hablar con su hermano, Carlos.

A partir de aquel remoto curso —iba ya para seis años de la tragedia, «una doble tragedia: la muerte de Jorge y el amor perdido de Carlos»—, cambió la relación entre su hermano y ella. Ella dejó de ser un incordio de once años para pasar a convertirse en comodín de Carlos, aquel grandote más necesitado de mimos que ella misma, y después en su confidente, aunque él solía guardárselo todo para sus adentros. Ciertamente que ella aún no había cumplido los dieciocho —«falta un mes y algunos días», se dijo— y Carlos andaba por los veintitrés, pero, en algunos casos, se sentía mucho más madura que aquel «gran oso» de su infancia.

En realidad, debería estar llamando a Clementina o a Macarena, sus dos amigas del alma, pero lo único que deseaba en aquel momento era correr.

Correr y llorar.

Tal vez gritar.

Ni siquiera se dio cuenta de que había entrado en la urbanización, hasta que tropezó con uno de los coches de vigilancia.

—¿Algún problema? —preguntó el conductor uniformado bajando la ventanilla.

—Sólo estoy corriendo —le contestó; «pardi-
llo» es lo que le hubiera gustado decirle. Cada día
le molestaban más esos vigilantes y no tenía muy
clara la razón.

—Pues no está el día... ¿Te acerco a tu casa?

—No, gracias.

Estaba a punto de añadir, con la mejor de sus
sonrisas, «No me dejan ir con extraños» tan sólo
para ver la cara que ponía el hombre.

Necesitaba provocar, gritar, lanzar puñetazos...

Pasó por delante de su casa pero no tenía in-
tención de entrar. Giró y siguió corriendo.

Y llorando.

Y aún sin haberse librado del todo de la rabia.

En la carrera tropezó con una figura femenina
enfundada en un chubasquero rojo y unas botas
de agua del mismo color.

—¡Lo siento! —se disculpó.

—Tranquila. Yo también iba distraída...

—¿Marga?

—Sí. —La miró sin reconocerla, pero su cara le
resultaba vagamente familiar.

—Soy Bea. —La chica seguía sin ubicarla—. La hermana de Charly.

—¡Bea! —Ahora sí.

Se abrazaron como dos íntimas amigas, pero ninguna sabía el porqué de ese súbito entusiasmo.

—¿Qué haces...?

Lo preguntaron al unísono, lo que provocó su risa.

—Te vas a empapar, porque llover no llueve, pero esto, te lo juro, Bea, ¡cala!

—Ya. Necesitaba desfogar...

—Ven, mi casa está aquí mismo. Y no habrá nadie. Entra y hablamos.

—Vale.

En segundos, Beatriz recordó que el padre de Marga había muerto meses antes a causa de un infarto cerebral y tras estar tres días en coma. Para entonces, Marga ya no vivía allí, estudiaba en Barcelona, con algún familiar. Todos los de su casa fueron a dar el pésame. A Carlos le costó reponerse al reencontrarse con una Marga absolutamente transformada. Vestida de negro y sin apenas hablar ni, mucho menos, mirar a nadie. En realidad, su alma estaba ausente.

Y en esos momentos la miraba Beatriz tras entrar en la casa y desprenderse de la ropa.

—Te bajo algo mío, quítate eso, que estás chorreando —le informó mientras subía la escalera hasta el primer piso. Marga se había cortado su larga melena pelirroja y ahora lucía un pelo casi al uno que no ocultaba sus ojos, aquellos ojazos de un verde intenso, transparente y brillante. «No me extraña que Carlos estuviera coladito por ella.» Y es que Marga no sólo era preciosa y lucía un cuerpo esbelto y atlético sin necesidad de ir al gimnasio, hacer dieta o someterse a cuidados especiales, sino que también era inteligente, generosa, leal, con determinación...

«Y con ese no se sabe qué que la convierte en especial...», pensó Beatriz al tiempo que extendía el chaquetón, la chaqueta, los calcetines y los zapatos cerca de la chimenea. Se preguntó para quién estaría encendida.

—Bien, aquí tienes —dijo Marga ofreciéndole una camisa, unos vaqueros y unos calcetines de grueso algodón—. Esto mejor lo llevo a otro sitio para que no te apeste a humo... La chica que cuida la casa —Beatriz reparó en que no dijo «criada»—

es una adicta a la chimenea, ¡con el curro que da! Aunque yo, te lo juro, se lo agradezco.

Salió del salón, la dejó sola y Bea se enfundó la ropa de Marga. «A ver si se me pega algo de su clase...»

Marga tardó en regresar y lo hizo con una bandeja entre las manos.

—¿Te gusta el té?

—No mucho, ya sé que está muy de moda, ¿no?

—Pues no sé, a mí me gusta desde siempre. Bueno, prueba éste, es mi favorito: té blanco, el de los emperadores nipones.

—Muy propio.

Si se dio cuenta de la ironía, hizo como si no la hubiera percibido. Beatriz se lo agradeció: a veces se sentía tan patito feo, tan horrible, que podía llegar a ser muy desagradable cuando estaba frente a ciertas mujeres.

Primero bebió por compromiso, pero la segunda taza le gustó. Tras la tercera le preguntó a Marga cómo se llamaba exactamente ese té.

—Veo que has sucumbido... A mí me pasó lo mismo, no creas.

¡Qué fáciles lograba hacer todas las cosas aque-

lla pelirroja! En unos minutos, Beatriz se sintió cómoda en su compañía, incluso más dispuesta a contarle a ella el último marrón que a sus dos amigas del alma.

—Ya me dirás de quién huías, ¿no?

—¿Huir?

—Bea, corrías como si te persiguiera una legión de diablos y no ibas muy bien vestida para un día como éste. Lo que quiere decir que saliste escopetada de algún lugar.

—Sí, ¡del puñetero supercolegio, superdivino de la supermuerte!

—¿Estás en el mismo...?

—Sí, hija, sí. —Lo dicho: cómoda y a punto de confianza.

—Creí que después de... —buscó las palabras—, bueno, después del asesinato de Jorge...

—Aquí esas palabras no se usan, Marga. Las divinas gentes de este lugar hablan de «incidentes», «cosas de chicos». —Iba poniendo comillas con los dedos—. Ciertas palabras, sencillamente, no encajan en «nuestro paraíso».

—¡Jo, seguimos igual!

—O peor.

—¡Imposible!

—Juro que no. Verás. —Se acomodó en el sofá sobre sus pies—. Hoy mismo, mis padres y la que suscribe tuvimos reunión con el director, un tipo nuevo, joven, gordo, sudoroso y medio lelo...

—¡Buena descripción! —atajó Marga, divertida.

—Ya, pues eso, el tipo ese, Alejandro P punto...

—¿P punto?

—Sí, es que debe de ser Pérez y le parecerá muy vulgar... Utiliza el segundo, Louredo, ya sabes, más exclusivo.

—¡Menuda memez!

—¿Dónde crees que estás?

—No sé, es verdad que me sorprenden muchas cosas cuando regreso, como si no hubiera pertenecido nunca a este lugar. Bueno, no te corto: estabais de reunión, con el director...

—Y la jefa de estudios. No la conoces, también es nueva; es profe de alemán, porque ahora, como el inglés lo hablamos desde párvulos, lo que mola es aprender alemán...

—Ya, así, si necesitáis trabajar fuera...

—Pues eso... Mirta Kapeller, de padre alemán, creo, y madre española. Conste que la tía

ha sido mucho más legal que el P punto, no ha abierto la boca hasta el final y casi para darle la razón a mi madre... Bueno, te resumo: este añito, uno de los pijos más pijos del Colegio, Ramiro, dieciocho engominados años, que va de guapo y de líder, ha decidido «castigar» a quienes nos negamos a formar parte de su «real corte de admiradores incondicionales», tíos y tías por igual, subiendo a Facebook fotos de desnudos con nuestras caras. ¡Y no te creas que eran desnudos estéticos!

—¡Qué fuerte! Imagino que lo habrán expulsado, ¿no?

—¿A Ramiro? ¡Por Dios, Marga! Es el hijo mayor de un señor diputado. En realidad, «su presencia en el Colegio, honra a la Institución». —Lo último lo dijo tratando de engolar la voz como el director.

—Siguen siendo los mismos.

—Que no, Marga, que ahora es mucho peor. ¡Te lo juro!

—No puede ser peor, Bea. —Una sombra cruzó los ojos verdes de Marga.

—Sí, porque antes, al menos, tenían un cierto

pudor a mostrar quiénes son realmente, pero, desde hace un tiempo, ¡presumen!

—¿De qué?

—¡De prepotentes, de poderosos!

—¡Qué fuerte! O sea, que colgó una foto con tu cara, ¿no? Como mínimo, lo habrán expulsado, ¿verdad?

—No, Marga, el tal P punto consideró, tras una larga conversación con el tal Ramiro, que bastaría con verlo muy arrepentido de su «chiquillada», y con pedirme excusas ante mis padres, él mismo y la jefa de estudios, ¡y aquí paz y después gloria!

—No habréis aceptado, ¿no?

—Por un momento, te lo juro, creí que mis padres tragarían. ¡En serio, casi vomito! Pero, cuando el P punto decidió que ya podía entrar Ramiro, salió el lado peleón de mi madre y dijo que, como mínimo, tendríamos que pensarlo. ¡Uf!

—Ya.

Marga bajó la cabeza. Llevaba años sin querer acercarse a la casa de sus padres, esa que ahora pensaban poner en venta —«Demasiado grande, hija, y se me cae encima; una casa con siete habitaciones debería estar habitada por una familia nu-

merosa, no por una mujer sola»—. A veces, sentía remordimientos por dejar sola a su madre, sobre todo después de la muerte, fulminante y por sorpresa, de su padre. Pensaban vivir juntas, en un lugar mucho más reducido, claro. El problema era que a Marga le gustaba Barcelona y allí estaban sus estudios y, en Madrid, el trabajo de su madre. Al final, fue ella quien decidió que terminaría su segunda carrera cerca de su madre, justo cuando finalizara ese curso.

—¿Cómo está Charly? —preguntó de golpe.

—En último curso de Periodismo, preparándose para ir al paro. —Beatriz miró a Marga—. Supongo que bien, o casi.

—¿Casi?

—Algunas personas necesitan años para recuperarse.

—Ya.

Beatriz no añadió que, en realidad, Carlos necesitaba esos años para que se recuperara su corazón, un corazón donde seguía reinando Marga. Aun así, llevaba unas semanas saliendo con una chica de cuyo nombre no lograba acordarse.